

Aceleración, Estado-nación y nacionalismo en la obra de Hartmut Rosa: exploraciones sobre una relación compleja¹

Darío Montero*

Universidad de Chile (Santiago, Chile)

RESUMEN

Las teorías de la aceleración social del sociólogo alemán Hartmut Rosa ha propuesto una plausible interpretación la modernidad en la era de su globalización, mostrando precisamente el carácter centrífugo de las fuerzas acelerantes que se manifiestan en todas las esferas de la sociedad contemporánea y que han hecho volar por los aires las antiguas fronteras locales y nacionales. El resurgimiento del nacionalismo en el siglo XXI plantea problemas para esta teoría que el presente artículo busca hacer explícitas, evaluando al mismo tiempo los rendimientos explicativos de ella. Consecuentemente, el artículo se propone examinar específicamente las reflexiones de la teoría de la aceleración social de Rosa que dicen relación con el Estado nación, tomando en cuenta tanto su reconstrucción histórica temprana como su desarrollo hacia condiciones tardomodernas, incluyendo una reflexión sobre el fenómeno nacional-populista de nuevo cuño. Durante todo el análisis se distingue entre las categorías 'Estado' y 'nación' (o nacionalismo), ponderando en cada caso los méritos de la teoría de la aceleración, para terminar introduciendo algunas nociones y distinciones elaboradas recientemente por Rosa—en particular, su dicotomía cultura/estructura—y que pretenden dotar a su teoría de la modernidad de un armazón conceptual más sofisticado para comprender, entre otras cosas, al Estado nacional como un elemento central dentro de la 'formación social' moderna.

Palabras clave: Estado, nacionalismo, aceleración social, modernidad, Hartmut Rosa.

Acceleration, Nation State, and Nationalism in the work of Hartmut Rosa: Explorations of a Complex Relationship

ABSTRACT

The theory of social acceleration of the German sociologist Hartmut Rosa offers a plausible interpretation of modernity in the era of its globalization, showing precisely the centrifugal nature of the accelerating forces that are manifested in all spheres of our societies, blowing up the old local and national borders. The resurgence of nationalism in the 21st century poses problems for this theory that this article seeks to make explicit, while evaluating its explanatory power. Consequently, the article specifically reexamines Rosa's arguments on the nation state, taking into account both its early historical reconstruction and its subsequent development towards late modern conditions, including a reflection on the national-populist phenomenon of the past decade. Throughout the analysis, a distinction is made between the categories 'State' and 'nation' (or nationalism), weighing in each case the merits of the acceleration theory. I end up introducing some notions and distinctions recently elaborated by Rosa—in particular, his culture / structure dichotomy—

¹ Este artículo se basa en una ponencia del seminario internacional "Aceleración y modernidad. La sociología de la aceleración y los desafíos de la crisis", organizado por el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y el Max Weber Center de la Universidad de Erfurt (Alemania), los días 9 y 10 de diciembre de 2020. Agradezco a Josetxo Beriain, Alexis Gros y Felipe Torres por las valiosas ideas y sugerencias que me dieron en el contexto de dicho seminario, así como a Javier Cristiano por su amabilidad e impecable trabajo como organizador y moderador del encuentro.

* Doctor en Sociología por la Universidad de Jena, Alemania. Mail: dario.montero@uchile.cl.

which seek to endow his theory of modernity with a more sophisticated conceptual framework to understand, among other things, the nation state as a central element within the modern 'social formation'.

Keywords: State, nationalism, social acceleration, modernity, Hartmut Rosa.

DOI: 10.25074/07198051.37.2219

Artículo recibido: 14/09/2021

Artículo aceptado: 02/11/2021

INTRODUCCION

Nacionalidad y globalización parecen contraponerse y, sin embargo, constituyen dos realidades intrínsecas a las sociedades modernas. Al tiempo que procesos técnico-científicos, jurídico-políticos y económicos tienden, por su naturaleza, a legitimarse a escala planetaria, el elemento nacional se sigue afirmando como realidad particular, como lo siempre diverso e irreplicable desde un punto de vista colectivo-identitario. Las tendencias hacia el separatismo nacionalista no han hecho sino fragmentar aun más el mapa mundial bajo condiciones modernas-tardías, desde la caída del Muro de Berlín hasta nuestros días. La última ola de populismo nacionalista –explícitamente polemizando contra los ‘globalistas’– no hace sino probar la vigencia del fenómeno, por muy distorsionadas que sean las formas que el nacionalismo pueda haber adoptado en tiempos recientes. Y así, mientras que los procesos de aceleración tecnológicos, sociales y del ritmo de vida de las personas prácticamente se confunden con los así llamados procesos de globalización o mundialización y sus consecuencias homogeneizantes, los nacionalismos parecen inmunes antes dichos procesos.

La pandemia del coronavirus terminó, en un sentido al menos aparente, fortaleciendo a los nacionalismos y legitimando las prerrogativas soberanas de los Estados por sobre la globalización. Así como el virus ha separado a las personas, también los países se han distanciado y encerrado en sí mismos. El aislacionismo marca la tónica. Se habla mucho de redoblar los esfuerzos para aumentar la cooperación internacional y las instituciones multilaterales, pero los hechos hablan en contra. Es cierto que organismos internacionales, como la Organización Mundial de la Salud, han adoptado un rol de liderazgo en la articulación de orientaciones sanitarias, pero hace muchas décadas que los Estados nacionales no detentaban un poder interno como ahora, usando sus atribuciones coercitivas para determinar la vida completa de sus comunidades territoriales: desde la movilidad y reunión de las personas hasta la educación, pasando por los transportes e intercambios comerciales. Las crisis globales (medioambiente, migraciones, pandemias) parecieran despertar en las poblaciones nacionales una nueva fe en sus destinos comunes particulares, apostando la carta de una política soberanista. Frente a estos complejos problemas, la ciudadanía tiende a dirigir la mirada hacia sus gobernantes y representantes más directos.

El sociólogo y filósofo social Hartmut Rosa, a cuya obra dedicaremos este artículo, se manifestó optimista sobre el escenario pandémico actual de ‘desaceleración forzada’ de los flujos e intercambios globales, interpretándolo como una posibilidad histórica única para la acción política, habida cuenta de la concentración de poder casi sin precedentes de los Estados nacionales democráticos (Rosa, 2020). Más que emitir una evaluación o diagnóstico de la situación actual, nosotros quisiéramos aquí dar un paso atrás y preguntarnos qué relación guardan los procesos de aceleración social, tal como éstos han sido descritos por Rosa, con el Estado-nación moderno y más específicamente con el nacionalismo contemporáneo. ¿Puede la teoría de la modernidad de este autor (teoría que da cuenta de un patrón global o universal) explicar satisfactoriamente los orígenes, desarrollo y persistencia de estas ‘comunidades imaginadas’ (Benedict Anderson), las que han jugado un rol tan esencial en la era moderna? ¿cómo afecta la aceleración social a las identidades nacionales, una vez que éstas se han constituido? ¿se ‘aceleran’ los nacionalismos o resisten ante la embestida de la modernidad acelerada? Pero ¿hemos de concebir al nacionalismo como un artefacto antimoderno que por definición defiende valores tradicionales, posiciones conservadoras?

Nuestra tesis es que el nacionalismo es un fenómeno plenamente moderno y que la teoría de la aceleración de Rosa, que busca capturar la dinámica subyacente al mundo moderno en términos de fuerzas centrífugas que globalizan todo lo que encuentran en su camino, solo es capaz de explicarlo tangencial e indirectamente, vía una argumentación que gira en torno al Estado burocrático moderno y su poder militar. Pero el principio estatal no es asimilable al nacional, como ya lo destacara Max Weber (2014) hace más de un siglo. Aquí profundizo sobre las conclusiones de otro trabajo, en donde pude mostrar que esta teoría presenta límites cuando intenta hacer sentido de las culturas políticas nacionales, las ‘modernidades múltiples’ y ‘culturas democráticas’ que se observan alrededor del globo (Montero, 2020b). La primera sección del artículo introduce las reflexiones de la teoría de la aceleración social de Rosa sobre el Estado nación bajo condiciones tardomodernas, las que son ahondadas en una segunda sección que retrocede hasta el momento formativo de la sociedad moderna, incluyendo una breve referencia a su teoría de la resonancia. La tercera sección se hace cargo del fenómeno nacional-populista de nuevo cuño. Para terminar, sistematizo algunos conceptos con arreglo a los cuales Rosa ha afinado recientemente su teoría de la modernidad, y que nos permiten comprender de mejor manera al Estado nacional como un elemento crucial dentro de la ‘formación social’ moderna. Concluyo con una recapitulación de los elementos aquí expuestos, señalando algunos límites al enfoque del autor.

GLOBALIZACIÓN, ACELERACIÓN E IDENTIDAD EN LA MODERNIDAD TARDÍA

Partamos contando el final de la historia, aclarando el vínculo entre globalización y aceleración tal como lo teoriza Hartmut Rosa. Complementando los trabajos de sociólogos como Manuel Castells, Anthony Giddens o John Urry, la globalización modifica para Rosa sustancialmente no solamente la realidad y experiencia humana del espacio, sino que también el tiempo social (Rosa, 2013). El discurso sobre la globalización lo identifica Rosa con tres cambios recientes que permitieron una penetración de la sociedad moderna sobre todo el globo: la revolución política que implicó el colapso de los socialismos reales; la revolución digital que trajo la Internet y la televisión satelital; y

la revolución económica de acumulación flexible y la aparición de un ‘turbocapitalismo’. Los tres son movimientos acelerantes; los tres pueden ser entendidos también como formas de globalización. Una posible objeción contra esta identificación estrecha entre globalización y estos tres cambios recientes sería observar que ya desde finales del siglo XIX es observable el establecimiento de una economía y estructura de transportes y comunicaciones a escala planetaria –razón por la cual, el economista Alfred Marshall sugiere que hay que abandonar la expresión ‘economía política’ o ‘economía nacional’ para empezar a hablar de economía mundial o sencillamente de ‘economía’ (Marshall, 1881). Así, ante la pregunta por lo cualitativamente *nuevo* de aquellos cambios de las últimas décadas, Rosa propone entenderlos desde un punto de vista temporal-analítico. “El intercambio o movimiento de información, dinero, mercancías y personas, o incluso de ideas y enfermedades, a través de largas distancias no es nuevo: lo que es nuevo es la *velocidad* y la *falta de resistencia* con la cual estos procesos operan” (Rosa, 2013, p. 214)².

Es decir, que el cambio cualitativo que da paso a la modernidad tardía, a una nueva configuración social *dentro* del marco de la modernidad, estaría dado por una transformación en el régimen espacio-temporal de la modernidad (como un nuevo estadio de compresión espacio-temporal, o como nuevas capacidades técnicas de coordinación espacio-temporal), lo que acarrea importantes consecuencias sobre los aspectos culturales de la sociedad moderna. Esta aceleración globalizante, se sugiere, tiene un impacto sobre las identidades de las personas y de grupos humanos.

Aquí uno puede ver cuánto ha influido la aceleración del transporte, la comunicación y la producción sobre los patrones de identidad socialmente relevantes: la identificación con los lugares, con interlocutores de comunicación y con grupos de referencia fijos, así como con las cosas, adquiere un carácter temporalmente delimitado y contingente... (Rosa, 2013, p. 106).

El barrio, el terruño, la patria como lugares de referencia relevantes para la conformación de las biografías e identidades individuales ya no tienen la misma significación que antes. La globalización acelerada descontextualiza nuestras vidas, nos desarraiga. Cuando la aceleración pasa un ‘punto crítico’, lo que equivale a una nueva ola de compresión tempo-espacial, aquella adquiere una nueva cualidad, con efectos tanto a nivel individual como colectivo.

Siguiendo de cerca la literatura sociológica y filosófica de las últimas décadas –autores como Beck (1998), Bauman (2003) o Held (1997)– las propuestas de Rosa, por un lado, establecen un vínculo entre globalización y des-estatización (*Entstaatlichung*), diagnosticando un desgaste del Estado nación contemporáneo³ y, por el otro lado, afirman que las identidades y narrativas estables o fijas sufren un proceso de dinamización, liquidificación, flexibilización, incluso de fragmentación y disolución. A estas alturas, existe ya bastante literatura sobre cómo la aceleración social puede ser asociada a ciertas autoimágenes dominantes que las personas se hacen de sí mismas (Hsu & Elliott, 2014). Pero, ¿qué hay de las identidades y narrativas *nacionales* en particular? ¿de qué modo se ven afectadas por esta globalización acelerante? Para responder, permítaseme dar un pequeño rodeo

² Traducción del autor en esta y el resto de las citas textuales extraídas de fuentes en inglés y alemán.

³ “Hacia fines del siglo XX se produjo una erosión del marco institucional económico, legal, político y social-benefactor ligado al Estado nacional, el que se había desarrollado durante la ‘modernidad clásica’ y que se había mostrado hasta entonces sorprendentemente estable.” (Rosa, 2013, p. 108).

sobre algunos argumentos medulares del autor. En su obra más sistemática sobre la aceleración social, Rosa escribe:

...el *Estado* y el *ejército* representan factores inmensamente poderosos e históricamente centrales de aceleración que desempeñan una decisiva función ‘mayéutica’ en el nacimiento de las modernas dinámicas de escalación y en el desarrollo de las correspondientes *prácticas temporales*. Sin embargo... en la modernidad tardía ellos son amenazados con ser erosionados por las mismas fuerzas de aceleración que ayudaron a desencadenar debido a que su manera de funcionar y sus formas intrínsecas de estabilidad han pasado de ser *aceleradores* a convertirse en *frenos u obstáculos para la velocidad* (Rosa, 2013, p. 195).

El Estado se ha metamorfoseado, así, de ser un factor acelerante (modernidad clásica) a convertirse en un elemento desacelerante (modernidad tardía). Rosa observa una tendencia hacia la desmilitarización y desburocratización de los Estados nacionales, como una estrategia para acelerarlos y hacerlos más eficientes. La crisis del estatismo y la derrota del socialismo de Estado durante el último cuarto del siglo XX se explicaría, al menos en parte, desde aquí. El Estado burocrático centralizado se hizo demasiado lento para el mundo en el que vivimos, fenómeno que algunos han conceptualizado como una ‘sociedad red’ (Castells) y otros como una ‘sociedad de la información’ (Masuda). Se trata de una transformación funcional, ante el hecho de que ahora la aceleración social no se consigue vía regulación estatal, sino que precisamente vía una masiva desregulación de los procesos económicos, sociales, culturales. La política ‘progresista’ que asociamos a la regulación y a la protección de la producción nacional quedó sobrepasada por los flujos globalizantes y por un ritmo demasiado rápido. Desde los años ochenta y noventa el pasado siglo, la política se ha transformado, en este sentido, en afirmar la ausencia o irrelevancia de la política. El neoliberalismo encarna bien esta ideología y representa para Rosa nada más que la última ola acelerante de la sociedad moderna.

Ante este postrero golpe de la aceleración social, el Estado nacional se tiene que reinventar, por decirlo así, rediseñando urgentemente una política gubernamental destinada a “crear las condiciones de circulación más favorables dentro de la propia área de influencia” (Rosa, 2013, p. 222), lo que se traduce, como ya se insinuó, en la eliminación de la regulación y el control estatal sobre las corrientes globales que ahora fluyen libremente, incluidas –vale agregar– las últimas olas de migración en Europa, América del Norte y América del Sur. Esto parece evidente; y, sin embargo, hoy sabemos que los instintos nacionalistas no desaparecieron en medio de aquella masiva reingeniería política. Más abajo voy a analizar desde la óptica del autor el fenómeno actual del nacionalismo populista. Retomemos por ahora nuestro argumento central.

¿En qué parte de la dupla conceptual ‘Estado-nación’ está realmente pensando Rosa al desplegar sus conocidos análisis sobre la aceleración social y que nosotros hemos intentado reproducir esquemáticamente más arriba? Me parece que sus publicaciones teórico sociales y sociológicas dejan en la sombra el aspecto propiamente cultural del nacionalismo. Desde una perspectiva típica de la ciencia política, Rosa enfatiza ante todo el aspecto *estatal-militar* del Estado nacional, como acabamos de mostrar. Él está ciertamente *presuponiendo* la existencia de dos entidades histórico-sociológicas: el nacionalismo y el Estado burocrático moderno, pero el tratamiento que les da a

ambas categorías es desigual, y aún nos queda por ver hasta qué punto consigue rastrear con éxito los *orígenes* de estas entidades –cuando se inician las dinámicas modernas de la aceleración social. Pero profundicemos en estas cuestiones para ganarnos una comprensión más precisa. Si fuera cierto que la teoría de Rosa presupone, pero no explica, el fenómeno nacional (hipótesis que aun debemos fundamentar), ¿puede al menos dar cuenta del proceso de monopolización de los procesos políticos, administrativos, fiscales que tienen lugar durante la modernidad temprana –digamos, los siglos XVII y XVIII– y que termina formando en Europa los Estados territoriales soberanos en torno a monarcas absolutos?

ESTADO, NACIÓN, ACELERACIÓN Y RESONANCIA

Para nuestro autor, las dinámicas de crecimiento y aceleración constituyen la lógica de la modernización. Al comienzo, estas dinámicas se desarrollaron *dentro* de los límites del Estado nacional. Muchas de las condiciones institucionales de posibilidad de la aceleración social se deberían, en efecto, a la existencia de estas capacidades burocráticas y militares que se consolidan en la modernidad clásica. La aceleración, para decirlo de otro modo, *sigue a* la monopolización de los poderes estatales. Ésta última se da por sentada. El siguiente párrafo no deja dudas a este respecto:

La aceleración de los procesos y transacciones sociales constituyó un efecto particular de la *unificación* de las condiciones de acción y desarrollo en el moderno Estado territorial. La implementación de lenguas nacionales unificadas, monedas, zonas horarias, sistemas educacionales, arreglos jurídicos, sistemas administrativos, responsabilidades fiscales, infraestructuras y órganos de dirección centralizados demostró ser un poderoso acelerador de desarrollo y circulación [dentro de cada territorio estatal]... (Rosa, 2013, pp. 195-196).

El monopolio de la violencia legítima, para servirnos de la expresión de Max Weber, con todas sus ramas (ejecutiva, legislativa, judicial, militar, burocrática, fiscal) “creó las presuposiciones para una planificación y cálculo seguro de largo plazo que hizo posible el despliegue sistemático de la aceleración científico-técnica y económico-industrial (Rosa, 2013, pp. 195-196).” Las luchas geopolíticas de la modernidad temprana, como por ejemplo la Guerra de los Treinta Años y el sistema de Westfalia que de allí surge, donde la búsqueda de preservar e idealmente expandir el poder constituye la motivación esencial, es lo que según Rosa alimenta el programa de aceleración social de los Estado centralizados modernos. Para ganar un lugar prominente en este juego westfaliano, en la política internacional, era importante acelerar y hacer más eficientes las capacidades militares, económicas, tecnológicas. Este argumento no es original, por supuesto. William Scheuerman (2004), apoyándose en una distinguida tradición intelectual, ha sostenido lo mismo. Pero sería quizás más preciso hablar de una relación dialéctica que va en ambos sentidos. En una entrevista reciente, Rosa es explícito a este respecto al reconocer que:

también se puede ver en forma inversa, a saber, que el Estado nación se convirtió en un concepto exitoso precisamente *debido* a que podía acelerar(se). Lo que quiero decir es que, si la lógica de la aceleración empuja el desarrollo social al menos desde la modernidad temprana, entonces fue esta necesidad de velocidad, por decirlo así, la que hizo que el Estado fuera una buena idea, una buena solución (Rosa & Montero, 2021, p. 179).

Es interesante detenerse en la forma cómo Rosa se expresa aquí. Ya durante la modernidad temprana –nos dice– impera una ‘lógica de la aceleración [que] empuja el desarrollo social’, o, dicho de otra manera, existe tempranamente la ‘necesidad de velocidad’. El Estado nacional es conceptualizado, entonces, como aquella entidad sociológica que viene a solucionar un problema dado, a satisfacer una necesidad ya existente. Puesto algo esquemáticamente, el argumento sostiene que la dinamización del mundo produce la necesidad de coordinar unidades territoriales de mayor tamaño que en el medioevo, donde casi todo ocurría a escala local (feudo, ciudad libre), y para satisfacer estas nuevas necesidades de coordinación se crearon los Estados nacionales. La pregunta que se impone es, por lo tanto, ¿y qué fue lo que produjo esta nueva necesidad social? ¿por qué, de repente, la necesidad de velocidad? Rosa aquí recurre a una teoría multicausal, en donde se conjugan muchos factores: procesos de secularización que van eliminando la perspectiva de una vida más allá de la muerte y que redirigen los esfuerzos humanos hacia maximizar el tiempo de su existencia terrenal; procesos económicos concomitantes al capitalismo que transforman al tiempo en un bien escaso; procesos geopolíticos como los ya caracterizados; pero también procesos de diferenciación funcional que conducen desde una sociedad rígidamente estamental hacia una basada en profesiones especializadas.

Así que existen varios factores que promueven, priorizan y recompensan a la velocidad. Si tomamos todo esto en consideración, entonces el proceso de monopolización que estábamos discutiendo – una moneda, un idioma, una zona horaria, etcétera– corresponde a políticas que permiten acelerar las cosas; por lo que el Estado es realmente una respuesta a un problema de velocidad creado en otra parte (Rosa & Montero, 2021, p. 180).

Se refuerza aquí lo enfatizado más arriba, esto es, que ‘el Estado es realmente una respuesta a un problema de velocidad *creado en otra parte*.’ La circularidad del argumento es evidente: el Estado es tanto causa como efecto de la aceleración. Pero demos ahora un paso hacia adelante y concentrémonos en el fenómeno *nacional* per se. Tal como sugerimos en la sección anterior, el foco del análisis de Rosa está puesto mucho más en las estructuras administrativas y militares del Estado que en el fenómeno del nacionalismo. ¿Cómo enfrentaría el autor esta cuestión? De la lectura de sus obras, así como también de algunas entrevistas, podemos reconstruir tres tipos de argumentos que apuntan en esta dirección. Sobre el primero, ya nos hemos explayado suficiente, por lo que podemos resumir diciendo que la dinamización del mundo genera la necesidad de estandarizar y unificar los sistemas postales, fiscales, legales, monetarios, lingüísticos cosa de lograr una más eficiente coordinación a gran escala, lo que desencadena un proceso de construcción de estas unidades territoriales mayores que asociamos con los Estados modernos, dentro de los cuales, y por la regularidad de las interacciones, se comienza a gestar lentamente un *sentimiento de solidaridad* (nacional) recíproco entre las personas. La naturaleza del segundo argumento, sin embargo, nos obliga a extendernos un poco más.

La entronización de una lógica de la aceleración social y la estabilización dinámica, como causa y consecuencia de los procesos de estandarización y unificación recién mencionados, genera una crisis espiritual (o existencial) y que dice relación con la creciente incapacidad del sujeto moderno de

encontrar un sentido estable para su vida y un reconocimiento seguro de los otros⁴. De Charles Taylor y otros filósofos contemporáneos, Rosa toma la idea de que la búsqueda de un sentido vital y una posición en el mundo constituye una necesidad antropológica invariable. Pero en un sistema de estabilización dinámica estas cuestiones no pueden ser respondidas o resueltas por una posición estamentaria fija, por un estatus adscrito, como ocurría en la sociedad medieval, para hablar tan solo en forma esquemática. Ser moderno significa, por definición aquí, el tener que activamente buscar y recrear el sentido de mi vida contantemente; dejar de moverme (crecer, acelerar e innovar) significa *ipso facto* quedarse atrás: profesionalmente, monetariamente, educacionalmente, incluso en el plano de las amistades y relaciones íntimas. Así pues, el paso de lo pre-moderno a lo moderno significa para Rosa que todos los puntos de referencia identitarios de tipo tradicional (como los lazos consanguíneos, la herencia de un oficio familiar, la pertenencia a un lugar geográfico acotado, etcétera) pierden su poder de antaño y deben ser reemplazados por formas de pertenencia más difusas y compatibles con el dinamismo moderno. Y la *nación* aquí puede postularse entonces como una posible fuente de identidad, bajo las condiciones de hipermovilidad propias de la modernidad, con capacidad de reemplazar las antiguas fuentes.

El tercer argumento, en cambio, se desprende de su teoría de la resonancia. Rosa habla de ‘resonancia vertical’, una suerte de resonancia existencial de poseer un sentido humano sobre el lugar que ocupo dentro del todo, y de cómo se define el todo⁵, y aquí nuevamente la nación ofrece una respuesta plausible para los individuos modernos. La religión como sabemos sigue existiendo y orientando las vidas de las personas, pero en gran medida ella ha sido trocada en tiempos modernos por una resonancia estética, vinculada al arte, o por una búsqueda de conexión con la naturaleza. Ahora bien, esta ‘voz de la naturaleza’ (en su sentido romántico-expresivista (Taylor, 1975; 1989)) o aquella fuerza del arte (Menke, 2017) pudieran no ser suficientes en cuanto reemplazo de las fuentes premodernas de tipo trascendentes, religiosas o metafísicas que declinaban con la emergencia de la sociedad moderna. Queda, pues, un vacío existencial, de sentido (humano), que en parte es llenado cuando nos sentimos embargados por el sentimiento de pertenencia a nuestra patria –patria por la que, hasta hace no mucho tiempo atrás, las personas estaban dispuestas a dar la vida en la guerra. La tesis de fondo no es nueva (Anderson, 1993), pero se reinterpreta con arreglo a la categoría de análisis del autor. Desde este tercer punto de vista, la nación es concebida como un espacio de resonancia dentro del cual se puede producir un intercambio significativo de voces. La nación hace así posible la existencia de una democracia, de una esfera pública, de una literatura, una cocina, una liga de fútbol, un idioma unificado por reglas ortográficas y gramaticales, entre otras cosas. Al presionarlo con una pregunta en esta dirección, Rosa respondió:

⁴ “El rasgo definitorio de una sociedad moderna refiere al hecho de que ella solo puede estabilizarse dinámicamente, o para ser más precisos, que solo puede reproducir su estructura a través de algún tipo de incremento –por lo general, a través de crecimiento (económico), aceleración (tecnológica), y/o altas tasas de innovación (cultural).” (Rosa, 2017, p. 439).

⁵ “Los ejes verticales de resonancia abren a los sujetos a la experiencia de una conexión constitutiva con un poder que afecta o abarca la totalidad de su existencia... no son algo extramundano; también consisten en relaciones con el mundo. Pero, en esta dimensión, se pone en juego la relación con la totalidad de lo que nos enfrenta –y nos abarca– como sujetos.” (Rosa, 2019, pp. 383-384).

Tienes razón que, hablando en términos culturales, legales y políticos, la modernidad crea al Estado nación como una esfera de resonancia en donde las personas pueden escucharse y responderse mutuamente. Los medios de comunicación, los grandes periódicos –por ejemplo, el *New York Times* o el *Frankfurter Allgemeine*– permiten la existencia de un espacio público nacional para escuchar y responder: tu puedes leer distintos periódicos, e incluso dentro de cada diario es posible escuchar distintas voces. Lo mismo pasa con una cultura nacional, una literatura nacional, y todo esto tiene mucho que ver con el lenguaje: la operación básica de la resonancia es escuchar y responder. Esto requiere que yo al menos tenga una voz y oídos, que sea capaz de entender lo que tu me tengas que decir, pero también es necesario un lugar de encuentro, por lo que la esfera pública tiene una enorme importancia. Y fue la nación la que creó y permitió esta esfera abierta para el intercambio de ideas y opiniones. A su vez, esto se relaciona con la realidad creada por un idioma particular, un sistema educacional, una red de medios de comunicación, etcétera. La política también ocurre principalmente a nivel nacional (Rosa & Montero, 2021, pp. 185-186).

La autocomprensión ‘romántica’ de la nación –tan afín con su teoría de la resonancia– es reconstruida conceptualmente por un joven Rosa, siguiendo la grilla de lectura de Taylor, “cuyas raíces se retrotraen a las teorías de Rousseau y Herder sobre la identidad inconfundible y expresiva de un pueblo sobre la base de un idioma” (Rosa, 1998, p. 424), y que representa desde entonces y hasta el día de hoy “una reacción en contra de las tendencias homogeneizantes, igualizantes y universalizantes del Estado moderno.” (Rosa, 1998, p. 424).

No es posible agregar mucho más a esta reconstrucción. La nación no es un foco de análisis en la obra de Rosa. He aquí un punto débil o vacío teórico importante que hemos podido identificar. Antes de cerrar esta sección, es interesante de señalar que tanto con la identidad nacional como con el Estado burocrático Rosa ejecuta un tipo de explicación que bien podríamos denominar *funcionalista*: hay una necesidad, luego emerge una institución o una forma de identidad que satisface esta necesidad. El Estado, como veíamos, viene a dar respuesta a una exigencia de velocidad y eficiencia, cuyo origen es complejo, y la nación aparece como el ‘equivalente funcional’ de formas identitarias pre-modernas. En este sentido, la teoría de la modernidad de Rosa se acerca a la explicación de Ernest Gellner (1998) sobre la emergencia del nacionalismo y su vínculo con la sociedad moderna. Para que los individuos modernos puedan comerciar, comunicarse, litigar judicialmente o hacer una carrera profesional en el contexto de una sociedad capitalista-burocratizada, sin apelación a los vínculos consanguíneos y presenciales, se hace imperioso que primero se estandaricen las prácticas y las instituciones económicas, políticas, legales y educacionales. El Estado nacional homogeneizante y uniformizante aparece en virtud de estas estructuras y necesidades funcionales y adquiere el rol protagónico que nos es familiar hoy en día.

¿ES EXPLICABLE EL NACIONALISMO TARDOMODERNO DESDE LA TEORÍA DE LA ACELERACIÓN?

Cabe notar que Rosa publicó *Beschleunigung* en 2005, cuando el neoliberalismo globalizante no estaba realmente amenazado como ahora, por lo que no tuvo ocasión de presenciar, ni de intentar explicar, el auge nacionalista y populista de la segunda década del siglo XXI, la actual animadversión entre ‘nacionalistas’ y ‘globalistas’, o, al menos, el escepticismo de los primeros frente a los

segundos. Pero nosotros podemos imaginar un argumento que se desprende de las consideraciones anteriores. El malestar que la globalización acelerada produce al interior de las clases bajas y medias, unido a la sensación de una pérdida de control democrático-ciudadano, pueden ayudar a explicar el triunfo de Brexit en el Reino Unido, Trump en Estados Unidos, Bolsonaro en Brasil, López Obrador en México y otros fenómenos político-identitarios de corte nacionalista actual. O puesto de otro modo: la descontextualización o desarraigo propulsado por la globalización y aceleración de la modernidad tardía traería como reacción una resignificación y revalorización de las diferencias e identidades regionales o locales, con tintes chovinistas.

En este sentido, y leyendo entre líneas la obra de Rosa, la identidad situacional ('posmoderna'), una traducción de cambios acelerados sobre la propia identidad, podría constituir una clave para entender la agresiva reacción del nacionalismo y de la política populista actual: una búsqueda desesperada de estabilidad ante el cambio incesante en las identidades –desde luego con variabilidad por clases sociales. Bajo el espíritu de las identidades situacionales, el sujeto tardomoderno no necesariamente se identifica con lo que hace, con un partido político o con una moda: la trayectoria profesional es sinuosa, el voto es fluctuante y el transformismo de la apariencia es constante– todo lo cual se alza en fuerte contraste con los estilos de vida en el contexto de la modernidad clásica, marcada por la estabilidad. Las identidades *nacionales* y las promesas de los líderes populistas de nuestro siglo, apelando a un pasado perdido o a una soberanía eclipsada, estarían con relativo éxito mostrando una alternativa ante las identidades hiperindividualizadas, 'líquidas' y cambiantes, por un lado, y ante una globalización salvaje que atenta contra los puestos de trabajo y formas de vida local (que por lo demás refuerza estilos de vida desarraigados y en movimiento), por el otro.

A pesar de que no todo se desacelera hoy en día, como el aumento exponencial de las actividades financieras, comerciales y sociales *online* lo demuestran, la pandemia del coronavirus –ya lo mencionábamos más arriba– puede ser diagnosticada como un evento global de desaceleración, del transporte, de la producción y el comercio, de las actividades culturales y docentes. Rosa repara en que la desaceleración en contexto de pandemia ha estado *conducida* por los gobiernos, por lo que la acción política-estatal-nacional se evidencia, una vez más, como poderosa. Los Estados nacionales vuelven a exhibir un enorme despliegue de fuerza, luego de varias décadas de aparente impotencia ante la liberalización de la economía a escala global desde la caída del bloque comunista en torno a 1990. ¿Razones humanitarias u oscura biopolítica? No es parte de los objetivos de este trabajo dar una respuesta a esto, pero sí nos sirve para complementar las consideraciones anteriores en torno a la pregunta por el regreso del Estado nación como protagonista de la sociedad contemporánea.

En la entrevista reciente que hemos estado citando (Rosa & Montero, 2021, p. 183), Rosa postuló una ingeniosa teoría para dar cuenta del crecimiento de los populismos nacionalistas en la actualidad. Dentro del discurso de la modernidad existe esta potente "promesa de omnipotencia" –como la denominó. La promesa de la omnipotencia afirma voluntaristamente que el demos todo lo puede, que el poder está con el pueblo, que como colectivo 'nadie puede detenernos'. En una palabra, que no es la Iglesia ni un rey quien ha de determinar cómo hemos de vivir, sino que esta es

una cuestión que concierne exclusivamente al demos. Como ante la modernidad globalizada, los mercados financieros, las desigualdades globales, las crisis ecológicas, y el estilo competitivo (y estresado) de vida, nos sentimos crecientemente impotentes, aparecen con fuerza estos líderes populistas que ganan una tremenda adhesión ciudadana con una simple promesa: la de devolver al pueblo su poder. Si realmente el ‘pueblo’ tuvo en algún momento de la historia real poder, esa es otra cuestión. En todo caso, es claro que este nuevo nacionalismo, nacido como reacción frente a una globalización acelerada y desregulada, se apoya en una autocomprensión colectiva cerrada, autorreferente. Expresamente se quiere cortar vínculos con el mundo y culpar a los ‘globalistas’ de todos los males que aquejan a las clases medias. Se trata de un nacionalismo reactivo y reaccionario, que quiere volver a una visión idealizada unilateral del propio terruño y las virtudes de tal o cual pueblo.

EL ESTADO NACIÓN DENTRO DE LA ‘FORMACIÓN SOCIAL’ MODERNA

En otros lugares he afirmado –con la intención de problematizar la cuestión– que Rosa ha propuesto un esquema analítico-descriptivo para comprender la modernidad, el que se complementa con una interpretación de auto-comprensiones humanas subyacentes a dicha sociedad. Pero en un cierto sentido quedaban abiertas las preguntas de si en su núcleo esta teoría tendría una pretensión universalista y ‘acultural’ (en el sentido de Charles Taylor) (Montero & Torres, 2020). Creo que con las distinciones conceptuales discutidas en esta sección se aclaran mucho estas cuestiones. En una obra recién aparecida y coescrita con el sociólogo alemán Andreas Reckwitz, Rosa ha tenido la ocasión de aclarar su posición a este respecto (Reckwitz & Rosa, 2021). Tal como lo adelanta en una entrevista:

Ahora afirmo que la modernidad es una ‘formación social’ compuesta de una cierta visión cultural –una autointerpretación– y de un determinado arreglo institucional. Del lado institucional, la modernidad constituye en mi opinión un sistema de estabilización dinámica: una sociedad moderna es una sociedad que solo se puede estabilizar dinámicamente, esto es, que estructuralmente requiere aceleración tecnológica, crecimiento económico e innovación cultural para reproducirse y mantenerse. Del lado cultural, no obstante, debemos aplicar una perspectiva en primera persona y preguntarnos, ¿de dónde provienen los deseos y las ansiedades? Aquí postulo la existencia de lo que he denominado el horizonte ‘triple A’ de la vida buena, es decir, [el anhelo de] hacer el mundo un lugar alcanzable, disponible, accesible, o lo que llamo en alemán *Weltreichen vergrößerung*. Pienso que este deseo de expandir el horizonte de: lo cognoscible es lo que impulsa a la ciencia moderna; de lo manipulable es lo que empuja a la tecnología; de lo poseíble a la economía; de lo regulable a la política... es siempre el mismo gesto, el mismo deseo de aumentar tu ascendencia sobre el mundo. Pero también nos movilizamos por el miedo de no encontrar un lugar legítimo dentro del orden social, de sentirnos excluidos. Y ante esto yo ofrezco un análisis de por qué las cosas van mal: según mi esquema institucional el problema es la desincronización, mientras que del lado cultural es la alienación. ¿Cómo se puede corregir esto institucionalmente? Socialmente, mediante la estabilización adaptativa; y culturalmente por medio de la resonancia (Rosa & Montero, 2021, p. 188).

Todos los conceptos centrales que Rosa aporta para el análisis de las sociedades modernas – (des)estabilización dinámica, (de)sincronización, alienación, resonancia– son posibles de catalogarlos según esta matriz elemental, y así también ocurre en lo concreto con las categorías ‘Estado’ y ‘nación’. La distinción conceptual entre estructura y acción es ampliamente suscrita dentro de la sociología clásica y contemporánea, aunque Rosa ha buscado dotar a esta dicotomía básica de la disciplina con un matiz distinto. Según su propuesta, sería preferible pensar la sociedad en términos de *estructura y cultura*.

Siguiendo esta terminología, el Estado moderno es una estructura institucional de tipo administrativa-burocrática, legal y militar, mientras que la nación es apresada sociológicamente como concepto cultural. Entre estos dos elementos, sin embargo, existe una íntima compenetración y necesidad recíproca. Las instituciones, para Rosa, necesitan *energía cultural*, puesto que requieren de ese conjunto de deseos (pero también de ansiedades) que permiten ponerlas en movimiento y hacerlas viables. La cultura –así entendida– es así una fuente irremplazable de *motivación humana* que posibilita legitimar dichas estructuras y hacer que los individuos sientan apego o algún tipo de identificación para con ellas. Rosa aquí es categórico: no es el Estado el que crea los lazos emotivos de pertenencia, sino que esta ‘energía’ solo puede provenir de la idea de nación y de los sentimientos que ella engendra en las personas.

La nación tiene que ver con identidad⁶. Si, como vimos anteriormente, fuera verdad que los seres humanos tienen una necesidad profunda de encontrar su lugar en el ‘mundo’ (sociedad, cosmos), y que bajo una sociedad moderna con estabilización dinámica los puntos estables de referencia ya no son capaces de resolver este problema, dejando al individuo arrojado a su propia suerte, entonces han de poder surgir otras respuestas a esta pregunta por los vínculos del individuo y el mundo. Liah Greenfeld (1993) ha observado las afinidades entre el individualismo desarraigado-meritocrático y el nacionalismo moderno, y Rosa pareciera suscribir a este tipo de interpretaciones. El sistema estatal moderno –sea en su versión monárquica-absolutista, sea en su versión liberal-decimonónica, o bajo la forma del Estado de bienestar– requiere de un mínimo sentido de ‘estar juntos’ y este sentido estaría garantizado por esta suerte de motor cultural que es la nación. Rosa piensa que las formas de solidaridad a escala global –lo que podríamos llamar cosmopolitismo– no han logrado aportar energías motivacionales tan poderosas como la nación, y sería esta la razón de por qué los sistemas redistributivos del bienestar no han conseguido instalarse a nivel planetario, no si quiera a nivel continental. La nación sigue siendo, para bien o para mal, el elemento cultural-motivacional más significativo.

Por contraste, el Estado acusa desde hace tiempo una crisis en virtud de esta transformación radical de las estructuras que asociamos a lo que en ciencias sociales se denomina globalización. En este

⁶ Aunque Rosa no suscribe una concepción fija y compacta de identidad, sino una forma relacional y dinámica de ella, explícitamente formulada en sus reflexiones teórico-sociales y antropológico-filosóficas sobre la categoría de resonancia. “Cuando la experiencia [de resonancia] es significativa se transforman ambos lados, el afuera y el adentro. Por esto me he alejado un poco de la teoría de la identidad. Mi trabajo o acción que despliego no solo es expresivo de mí, sino que mientras trabajo en algo, por ejemplo, mientras escribo el libro sobre resonancia, me convierto en una persona diferente, así que cambio bastante respecto de la persona que era antes de emprender este trabajo. Pero no existe la posibilidad de controlar estos procesos.” (Montero, 2020a, p. 297).

caso no nos las tenemos que ver con un problema cultural, sino que estructural. Son las *instituciones* políticas las que se han visto forzadas en globalizarse, en parte como efecto de la presión que ejerce el sistema global económico y financiero. La Unión Europea es un buen ejemplo de una tendencia de las últimas décadas: la transferencia de competencias y atribuciones desde el nivel nacional hacia el regional y/o mundial. Se trata de un proceso de rebasamiento de las fronteras del Estado territorial, en virtud de esas 'fuerzas centrífugas que globalizan todo lo que encuentran en su camino', propulsadas por la aceleración social tardomoderna, a las que hacíamos referencia en la Introducción. Pero en lo cultural, nada ha reemplazado aun a la nación. Los sentimientos patrióticos se han agudizado y fanatizado, trayendo consigo el fenómeno del populismo nacionalista, tan llamativo durante la segunda década del siglo en curso. Rosa ha apuntado a esta *dislocación* entre lo institucional y lo cultural como un problema central a tener en consideración al estudiar el Estado nacional contemporáneo.

Ahora bien, en cuanto *investigador social*, Rosa consideraría aun hoy sus nociones culturalistas como *herramientas analíticas*:

Mi definición de la modernidad no contiene ninguna implicación normativa; se trata del sistema que necesita acelerarse para conservarse, y esto carece de una 'evaluación fuerte'. Las evaluaciones fuertes pertenecen al aspecto cultural de las cosas. Lo que denomino el lado cultural, o la perspectiva en primera persona, refiere al 'mapa moral' que provee la energía [motivacional]. Todavía sigo a Charles Taylor en la idea de que la cultura subyace a los arreglos institucionales; pero es también posible separar ambas cosas. Para mí, como sociólogo, [esa cultura subyacente] es un concepto analítico, aunque para la cultura de la modernidad es obviamente una evaluación fuerte (Rosa & Montero, 2021, p. 189).⁷

Y si bien su teoría de la modernidad posee una pretensión universalista (y que nos puede ayudar a entender también lo que ocurre, por ejemplo, en la sociedad china actual), Rosa no deja de reconocer que, en sus *orígenes*, la formación social moderna proviene de Europa. Pero como hemos visto, el problema genealógico de los orígenes no constituye una fortaleza del trabajo de Rosa. Y la reconstrucción de historias nacionales particulares, tan relevantes para la comprensión de las crisis políticas de la actualidad que padecen tantos países occidentales, caen enteramente fuera del corpus escrito de este autor (Montero, 2020b).

COMENTARIOS FINALES

No queremos esconder el hecho que el esfuerzo aquí desplegado no tiene más que un carácter exploratorio, y así lo destacamos en el subtítulo del artículo. Mucho queda aún por ser dilucidado en lo que atañe a los vínculos entre nacionalismo y aceleración, y esperamos que este comentario a la obra de Hartmut Rosa estimule a otros investigadores a ahondar más en la materia. Por lo mismo, estamos conscientes que el presente trabajo queda un tanto en deuda respecto a su objetivo. Hemos desplegado hasta donde fuimos capaces la tesis de la aceleración y la realidad histórica-social del nacionalismo (su relevancia actual, su relación con la cultura y con el Estado),

⁷ Las nociones de 'evaluación fuerte' (*strong evaluation*) y de 'mapa moral' (*moral maps*) son usadas aquí en el sentido que les confiere Taylor en su obra.

identificando nodos críticos de la relación (in)existente entre aceleración-nación en la obra Rosa – concluyendo que nos encontramos ante un punto débil o laguna teórica. Pero se podría ciertamente profundizar más, y de un modo más sistemático, en la relación intrínseca entre ambas cosas. Tampoco discutimos las diferencias más sutiles entre los términos ‘nación’, ‘nacional’ y ‘nacionalismo’, en gran parte por falta de espacio, ni menos aún pudimos dar cuenta de algunas aplicaciones de la relación aceleración-nación fuera del contexto europeo-moderno, por muy interesante que dicha aplicación pudiera resultar para ejemplificar la tesis de las modernidades múltiples. Sobre esto último, permítaseme mencionar aquí que me encuentro trabajando en un libro bastante voluminoso sobre la formación y desarrollo de la sociedad moderna donde abordo, entre otras cuestiones, los matices en torno al surgimiento de las identidades nacionales y su desarrollo a través del tiempo, la persistencia actual de los nacionalismos en el mundo, destacando sus rasgos problemáticos, pero donde también ofrezco ejemplos de Europa, Norteamérica y también de nuestra América Latina.

El sentimiento de pertenencia nacional es una fuerza central de la época moderna, que trasciende las divisiones políticas, y que después de siglos de desarrollo sigue hoy apelando a las personas. En este artículo no he buscado evaluar la bondad o malignidad del nacionalismo, sino tomarlo como un hecho, como un fenómeno importante y relevante en la actualidad que requiere ser estudiado. A pesar de las apariencias, el Estado nacional continúa siendo un actor relevante, de hecho, insustituible, dentro del orden mundial moderno. Los tratados y las convenciones se siguen firmando entre los gobiernos de los Estados, las democracias siguen ejerciéndose a nivel nacional. Obviamente la soberanía de los Estado puede ser relativizada en situaciones de catástrofe o de violación masiva de derechos humanos, pero por lo demás el espacio territorial-nacional es sagrado para la geopolítica actual. La globalización, la financiarización de la economía, la prevalencia de la Internet y las redes sociales, la mentalidad cosmopolita de la juventud en casi todo el mundo, son tendencias innegables, pero que no han sido capaces de anular el poder motivacional que convocan los sentimientos nacionales, la realidad de esas comunidades imaginadas. Parece evidente, además, que la crisis del coronavirus ha incluso fortalecido el nacionalismo económico, es decir los discursos y las políticas que promueven los intereses productivos y comerciales nacionales a expensas de los intereses extranjeros (aunque este nacionalismo económico ya arreciaba, por lo menos, desde la administración Trump). Vemos cómo muchos países se vuelven más proteccionistas, cómo aparecen guerras comerciales, siendo la más famosa la que se sigue disputando entre Estados Unidos y China, aun con Biden como Presidente. Los connacionales están asustados de depender tanto de otros países y buscan por ello una mayor autosuficiencia –para no mencionar siquiera el hecho obvio de que las medidas sanitarias para evitar la expansión del virus han implicado muy frecuentemente el cierre de las fronteras nacionales.

Debe quedar claro que esta no fue una discusión normativa, más propia de la teoría política, sobre las tensiones o compatibilidades entre nacionalismo y liberalismo, particularismo y universalismo, o sobre qué tipo de nacionalismo sería compatible con los ideales de libertad e igualdad, o con un orden mundial cosmopolita. Más bien, sobre el suelo de una sociología crítica, nos propusimos indagar los orígenes, desarrollos y persistencias de los nacionalismos modernos, en el contexto de una formación social moderna de dimensiones globales cuyo rasgo sobresaliente, siguiendo la tesis

de Hartmut Rosa, sería el dinamismo permanente, el incremento y la innovación, dinamismo sobre el cual (y solo sobre el cual) se consigue reproducir la matriz institucional moderna.

En especial, sometimos a examen la teoría de la aceleración social del mismo autor como categoría sociológica de pretensiones universalistas en su poder explicativo del fenómeno nacional, siempre particular y resistente a la globalización liberal-capitalista. Hemos intentado demostrar que el aparataje conceptual del sociólogo alemán permite visualizar con claridad el paso de una sociedad *estamentaria y localista* (medievo) hacia una fase temprana de la modernidad, cuna de un tipo de *sociedad nacional* de gran extensión, sobre las que se erigen los grandes Estados burocráticos y militares modernos, pero siempre jaloneada por las fuerzas imparable de la aceleración, hasta convertirse eventualmente en una *sociedad mundial*. Esta evolución estructural-institucional se deja explicar adecuadamente desde la óptica de la aceleración y la estabilización dinámica. ¿Pero qué hay del cambio cultural que debió acompañar al nacimiento y vigencia de los nacionalismos? El artículo concluye que, más allá de identificar un conjunto de autocomprensiones modernas compartidas, un horizonte de la vida buena (la normatividad dominante de la 'triple A', la visión romántica-expresivista del ser humano y la sociedad), sobre la base de una antropología de la resonancia, persiste un vacío explicativo en lo que concierne al surgimiento de naciones durante la modernidad temprana y a su vigencia presente. El análisis que entrecruza la aceleración tardo-moderna con la promoción de identidades flexibles, situacionales, algo ilumina, pero resulta insuficiente. El trabajo con las fuentes escritas fue complementado con un estudio de entrevistas recientes, en donde Rosa mismo reconoce de buena gana que el nacionalismo no es un foco de sus investigaciones sociales.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, B. (1993). *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México: Fondo de cultura económica.

Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo. Respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.

Gellner, E. (1988). *Naciones y nacionalismos*. España: Alianza.

Greenfeld, L. (1993). *Nationalism. Five Roads to Modernity*. Estados Unidos: Harvard University Press.

Held, D. (1997). *La democracia y el orden global: del Estado moderno al gobierno cosmopolita*. Barcelona: Paidós.

Hsu, E. & Elliott, A. (2014). Social Acceleration Theory and the Self. *Journal for the Theory of Social Behavior*, 45(4), 397-418.

Marshall, A. (1881). *The Economics of Industry*. Londres: MacMillan and Co.

Menke, C. (2017). *La fuerza del arte*. Chile: Ediciones Metales Pesados.

Montero, D. (2020a). La modernidad acelerada y sus desafíos. Una conversación con Hartmut Rosa. *Revista de Humanidades*, 41, 281-307.

Montero, D. (2020b). Aceleración social, modernidades múltiples y culturas democráticas: Reexaminando la teoría de la modernidad de Hartmut Rosa. *Cuadernos de Teoría Social*, 6(11), 11-36.

Montero, D. & Torres, F. (2020). Acceleration, Alienation, and Resonance. Reconstructing Hartmut Rosa's Theory of Modernity. *Pléyade*, 25, 155-181.

Reckwitz, A. & Rosa, H. (2021). *Spätmoderne in der Krise. Was leistet die Gesellschaftstheorie?* Alemania: Suhrkamp.

Rosa, H. (2020). La sociedad ante la desaceleración forzada. Una interpretación sociológica de la crisis del coronavirus. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 11, 19-32.

Rosa, H. (2019). *Resonancia. Una sociología de la relación con el mundo*. España: Katz.

Rosa, H. (2017). Dynamic Stabilization, the Triple A. Approach to the Good Life, and the Resonance Conception. *Questions de communication*, 31, 437-456.

Rosa, H. (2013). *Social Acceleration. A New Theory of Modernity*. Estados Unidos: Columbia University Press.

Rosa, H. (1998). *Identität und kulturelle Praxis. Politische Philosophie nach Charles Taylor*. Alemania: Campus.

Rosa, H. & Montero, D. (2021). Modernidad, Nacionalismo y "promesa de omnipotencia". Una conversación con Hartmut Rosa. *Pléyade*, 27, 175-191.

Weber, M. (2014). *Economía y sociedad*. España: Fondo de Cultura Económica.

Scheuerman, W. (2004). *Liberal Democracy and the Social Acceleration of Time*. Estados Unidos: The John Hopkins University Press.

Taylor, Ch. (1975). *Hegel*. Londres: Cambridge University Press.

Taylor, Ch. (1989). *Sources of the Self*. Estados Unidos: Harvard University Press.